

biendo entrado en la torre de Cambridge para exhortar á los detenidos, vió una mujer acusada de haber matado á su hijo, y que no quería confesar nada. «Su hijo había estado enfermo durante un año, y, á lo que parece, se moría de consunción. Falleció al fin en la época de la siega. La mujer fué á pedir ayuda á los vecinos y otros amigos, á fin de preparar al niño para la sepultura; pero no había nadie en las casas: todos estaban en el campo. Se volvió muy abatida y llena de angustia, y preparó al niño para la sepultura completamente sola. Su marido, que no la quería mucho, al volver, la acusó de la muerte; y he aquí cómo fué detenida y llevada á Cambridge. Yo por mí, con todo lo que pude saber gracias á mi investigación exacta, creí en conciencia que la mujer no era culpable, bien consideradas todas las circunstancias.

Inmediatamente después de eso, fué llamado á predicar delante del rey; era el primer sermón que tenía que predicar delante de su majestad, y le prediqué en Windsor, donde su majestad, después del sermón, me habló muy familiarmente en una galería. Entonces, cuando vi el momento oportuno, me arrodillé delante de Su Majestad, descubriéndole todo el asunto, y luego supliqué muy humildemente á su majestad, que perdonase á aquella mujer, porque yo creía en conciencia que no era culpable; de otra manera, ni por todo lo del mundo hubiese yo querido interceder por un asesino. El rey escuchó con mucha clemencia mi humilde súplica; tanto que, al volverme á casa, tenía ya el indulto en mi poder. Entre tanto, aquella mujer había dado á luz un niño en la torre de Cambridge, de cuyo niño fui padrino yo y madrina mistress Cheak. Pero, durante todo ese tiempo, oculté el indulto, y no la dije nada, limitándome á exhortarla á que confesase la ver-

dad. Llegó al fin el día en que creyó que iban á ejecutarla; yo fui, como de costumbre, para instruirla, y se me lamentó amargamente, porque creía condenarse, si la ejecutaban antes de la purificación... Así anduvimos buscando las vueltas á aquella mujer hasta conseguir que se diera á partido. Por último, la enseñamos el indulto del rey y la dejamos marchar. Os he contado esto para que veáis que no debemos creer precipitadamente lo que se dice, sino suspender nuestro juicio hasta saber la verdad.» Cuando un hombre predica así, se le cree; se comprende que no recita una lección, sino que ha visto las cosas, que saca sus enseñanzas, no de los libros, sino de los hechos; que sus consejos proceden del fondo sólido de donde todo debe salir: de la experiencia multiplicada y personal. Muchas veces he oído á los oradores populares, á los que se dirigen á las bolsas, y prueban su talento por sus ingresos: de esa manera arengan, con ejemplos circunstanciados, recientes, cercanos, con la familiaridad de la conversación, dejando á un lado los grandes razonamientos y el bello lenguaje. Figurémonos el ascendiente de las Escrituras comentadas por tal palabra; calcúlese hasta qué capas del pueblo pueden descender, qué influjo ejercerán sobre marineros, sobre trabajadores, sobre criados; considérese aún que duplican la autoridad de esa palabra el valor, la independencia, la integridad, la virtud intachable y reconocida del que la dirige; ha dicho la verdad al rey, ha desenmascarado á los ladrones; se ha atraído toda clase de odios; ha dejado su obispado por no firmar nada contra su conciencia; y he aquí que á los ochenta años, bajo María, habiéndose negado á retractarse, después de dos años de prisión y de esperar—¡y qué esperar!—es conducido á la hoguera. Su compañero Ridley «durmió la noche

antes tan tranquilamente como el día que más de su vida», y, atado al poste, dijo en alta voz: «Padre celestial, te doy gracias humildemente por haberme elegido para ser confesor de la verdad, aun con mi muerte.» Latimer, á su vez, cuando se encendía la hoguera, exclamó: «Animo, Ridley, sed hombre; hoy, por la gracia de Dios, vamos á encender en Inglaterra una luz, que espero que no se apague nunca.» Metió las manos en las llamas, y murió encomendando su alma á Dios.

Había juzgado bien; con esa prueba suprema atestigua su fuerza una creencia, y conquista sus partidarios; los suplicios son una propaganda á la vez que un testimonio, y hacen conversos al hacer mártires. Todos los escritos del tiempo y todos los comentarios que se pueden añadir palidecen al lado de los actos que brillaron entonces entre los doctores y en el pueblo, sin excluir á los más sencillos é ignorantes. En tres años cerca de trescientas personas, hombres, mujeres, viejos, jóvenes, algunos casi niños, se dejaron quemar vivos en tiempo de María antes que abjurar. La idea omnipotente de Dios y de la fidelidad que se le debe, les daba fuerzas contra todas las reclamaciones de la naturaleza y contra todos los estremecimientos de la carne. «Nadie será coronado (escribía uno), fuera de los que combatan como hombres; y el que sufra hasta el fin se salvará.» Sufrió el primero el doctor Rogers en presencia de su mujer y de sus diez hijos, uno de los cuales era aún de pecho. No se le había avisado, y dormía profundamente. De pronto le despertó la mujer del carcelero, y le anunció que sería aquella mañana. «Entonces (dijo) no necesito atarme las agujetas.» En medio de las llamas no parecía padecer. «Al lado estaban sus hijos consolándole; de modo que se hubie-

ra creído que le acompañaban á una alegre boda (1).» A un joven de diez y nueve años, Guillermo Hunter, aprendiz en un telar de seda, le exhortó su madre á perseverar hasta el fin. «Le dijo que estaba satisfecha de haber tenido la suerte de concebir un hijo como él, que hallaba en su corazón alientos para perder la vida por amor al nombre de Cristo. Entonces Guillermo dijo á su madre: Por el pequeño dolor que habré de sufrir, y que no es más que un breve tránsito, Cristo me ha prometido una corona de alegría. ¿No debéis estar contenta, madre? En esto se arrodilló la madre diciendo: Pido á Dios que te fortifique hasta el fin, hijo mío; sí, y tu lote me parece mejor que el de ninguno de los hijos que he tenido... En seguida se prendió fuego. Entonces Guillermo arrojó su salterio á las manos de su hermano, que dijo: Guillermo, piensa en la santa Pasión de Cristo, y no tengas miedo á la muerte. Y Guillermo contestó: No tengo miedo. Luego levantó las manos hacia el cielo, y dijo: ¡Señor!, ¡Señor!, ¡Señor! recibid mi espíritu. Y hundiendo la cabeza en el humo asfixiante, entregó su vida por la verdad (2).»

Cuando una pasión es capaz de domeñar así los afectos naturales, es capaz de domeñar también el dolor corporal; toda la ferocidad del tiempo se estrellaba contra las convicciones. «Un tejedor de Shoreditch, llamado Tomkins, á quien preguntó el obispo de Londres si aguantaría bien el fuego, respondió que hiciesen la prueba; y habiendo mandado llevar una vela encendida, puso encima la mano sin retirarla ni moverse; tanto, dice Fox, «que los músculos y las ve-

(1) Despacho de Noailles, embajador francés y católico. *Pictorial history*, II, 524.

(2) John Fox: *History of the acts and monuments of the Church*.

nas se encogieron y abrieron, y saltó la sangre á la cara de Harpsfield, que estaba al lado».—En la isla de Guernesey una mujer en cinta, condenada al fuego, parió en medio de las llamas; se sacó de allí á la criatura, pero los magistrados mandaron volverla á echar al fuego (1). El obispo Hooper fué quemado hasta tres veces en una hoguerita de leña verde. Había muy poca leña, y el viento se llevaba el humo. El mismo gritaba: «¡Leña, buena gente, leña, aumentad el fuego!» Se le tostaron las piernas y los muslos; una de las manos cayó antes de que expirase; duró así tres cuartos de hora; delante de él, en una caja, estaba su indulto para el caso de que quisiese retractarse. Contra las largas angustias de las prisiones infectas, contra todo lo que puede enervar ó seducir, eran invencibles; cinco murieron de hambre en Cantorbery; estaban aherrojados día y noche sobre la paja podrida, sin más abrigo que su ropa; entre tanto, circulaban entre ellos opúsculos que decían «que la cruz de la persecución» era un beneficio de Dios, «una joya inestimable, un antídoto soberano y probado contra el apego á la propia persona y la afición á la sensualidad mundana». Ante tales ejemplos el pueblo se levantaba. «No hay niño (escribía una dama al obispo Bonner) que no os llame Bonner el verdugo, y no tenga en la punta de los dedos, como el *Padrenuestro*, el número exacto de los que habéis quemado en la hoguera ó dejado morir de hambre en la prisión durante estos nueve meses... Habéis perdido los corazones de veinte mil personas, que hace un año eran papistas acérrimas.» Los asistentes alentaban á los mártires, y les gritaban que su causa era justa. «Hasta se dice (escribía el enviado

(1) Neal, *History of the puritans*, I, 69, 72.

católico) que varios han querido meterse voluntariamente en la hoguera al lado de los que se quemaban (1).» En vano había prohibido la reina, so pena de muerte, todas las muestras de aprobación. «Sabemos que son los hombres de Dios (gritaba uno de los asistentes); por eso no podemos menos de decir: ¡Que Dios los fortifique!» Y todo el pueblo respondía: «Amén, amén.»—No hay que asombrarse si, al advenimiento de Isabel, Inglaterra entró en el protestantismo á toda vela; las amenazas de la armada la impulsaron más adelante aún, y la Reforma se hizo nacional bajo la presión de la hostilidad extranjera, como se había hecho popular por el ascendiente de sus mártires.

IV

Dos ramas distintas reciben la savia común: la una arriba; la otra abajo: la una respetada, floreciente, dilatándose al aire libre; la otra menospreciada, medio hundida en el suelo, hollada por los pies que quieren aplastarla; vivas las dos, la anglicana como la puritana, la una á pesar del esfuerzo que se hace por destruirla, la otra á pesar de los cuidados con que se procura desenvolverla.

La corte tiene su religión como el campo, religión sincera y que hace prosélitos; entre las poesías paganas que hasta la revolución ocupan siempre la escena del mundo, se ve surgir insensiblemente el grave y gran sentimiento que ha extendido sus raíces hasta el fondo del espíritu público. Varios poetas, Drayton, Davies, Cowley, Giles Fletcher, Quarles, Crashw, es-

(1) Despacho de Renard á Carlos V.